

H. M. Enzensberger



*Ensayos sobre las
discordias*



ANAGRAMA
Colección Argumentos

H. M. Enzensberger



*Ensayos sobre las
discordias*



ANAGRAMA
Colección Argumentos

Este fichero ePub cumple y supera las pruebas
epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.

Si deseas validar un ePub On Line antes de
cargarlo en tu lector puedes hacerlo en
<http://threepress.org/document/epub-validate>

Ensayos sobre las discordias

Hans Magnus Enzensberger



Acerca del Autor



Hans Magnus Enzensberger (Baviera, 1929) es uno de los creadores más agudos y significativos de nuestro tiempo. Ha fundado y dirigido revistas culturales (*Kursbuch* y *The Transatlantic*), es un poeta extraordinario, ensayista personalísimo y polémico, autor teatral, realizador de documentales cinematográficos, etc. También fue fundador y miembro durante muchos años del jurado del Premio Anagrama

de Ensayo. Entre sus numerosos galardones figuran el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades y la Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes de Madrid, otorgados en 2002; en Francia, en 2009, recibió la Orden de las Artes y las Letras.

En Anagrama se ha publicado gran parte de su polifacética obra: los ensayos recogidos en *Detalles*, *Política y delito*, *El interrogatorio de La Habana* y otros ensayos, *Para una crítica de la ecología política*, *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*, *Conversaciones con Marx y Engels*, *Migajas políticas*, *¡Europa, Europa!*, *Mediocridad y delirio*, *La gran migración*, *Perspectivas de guerra civil*, *Zigzag*, *El perdedor radical*. *Ensayo sobre los hombres del terror*, *En el laberinto de la inteligencia*. *Guía para idiotas* y *El gentil monstruo de Bruselas* o *Europa bajo tutela*,

las novelas *El corto verano de la anarquía*. *Vida y muerte de Durruti*, *Josefine y yo* y *Hammerstein o el tesón* (declarado el mejor libro de 2010 por la revista francesa Lire), los libros de poemas *Mausoleo* y *El hundimiento del Titanic*, la obra teatral *El filántropo* y la antología de textos *Los elixires de la ciencia*. *Miradas de soslayo en poesía y prosa*.

Ensayos sobre las discordias

Una nota preliminar

¿Cuánto hace que un politólogo estadounidense hizo furor con la tesis de que había llegado el fin de la Historia? ¿Veinticinco años? ¿Y cuánto tiempo se han pasado todos los «partidos populares» alemanes proclamando a los cuatro vientos y al unísono que Alemania no es tierra de inmigrantes?

No hacía falta ser demasiado brillante para ver lo descabelladas que eran semejantes afirmaciones. No había que irse hasta Somalia o Ruanda. Un vistazo frente a la puerta de casa, una visita a las autoridades de inmigración o un viaje en metro siempre han bastado para refutarlas.

Son cuestiones que no pertenecen necesariamente a las tareas de un escritor, aunque de vez en cuando haya quien se lo exija en público. Por norma general, a los poetas no les gusta que les digan qué tienen que escribir. Además, hay autores que no tienen oído para lo político y harán mejor en explicar historias que en redactar artículos de opinión.

Por lo que a mí respecta, más de una vez me he dejado arrastrar, en contra de mi convicción, a pronunciarme públicamente sobre los acontecimientos políticos. Una vez, hace más de veinte años, al oír hablar de lugares hasta entonces de lo más discretos, como Hoyerswerda, Lichtenhagen, Mölln y Solingen, con motivo de atentados mortales, se me acabó la paciencia. Decidí dar un par de vueltas a las experiencias alemanas con la inmigración y la xenofobia. En

1992 se publicaron mis reflexiones bajo el título *La gran migración*, con una nota a modo de epílogo: «Acerca de algunas particularidades de la caza del hombre».

Poco después se anunció a bombo y platillo el final de la Guerra Fría. Ante tan grata novedad, muchos expertos pregonaron la llegada de considerables «dividendos de la paz». Demasiado bonito para ser verdad, pensé. Aparecieron nuevos topónimos, como Mogadiscio, Kuwait y Kigali; incluso a la vuelta de la esquina, en el País Vasco o en Irlanda del Norte, por ejemplo, se vislumbraban *Perspectivas de guerra civil*. Los periódicos se inundaban de palabras extranjeras como *mob*, *hooligan*, *yihad*, *shoe bomber* o *unabomber*.

Nuestra situación idílica, apoyada por el dinero y el poder, ¿era tan intocable como parecía? Empecé a dudarlo. Cada vez aparecían más «hombres del terror» en las pantallas. No se trataba sólo de locos solitarios. Colectivos enteros que se hacían pasar por ejércitos, movimientos de liberación o salvadores iban ganando protagonismo.

Su explosiva mezcla de megalomanía y sed de venganza, ansia de sangre y deseo de muerte podía estallar en cualquier patio de colegio, frente al Pentágono o en un mercado africano. Con un ensayo sobre *El perdedor radical*, que acometí en 2006, quería demostrar que los motivos ideológicos o religiosos de las masacres no eran más que una máscara para obsesiones más profundas. El mínimo común denominador del terror es el delirio.

En este punto entra en escena una coda de 2015 que trata sobre la rebelión Taiping. «La teocracia olvidada» fue la guerra civil más brutal de la historia moderna. Causó más víctimas que la Guerra de Secesión americana y tuvo consecuencias catastróficas en la China del siglo XIX que todavía pueden sentirse en nuestros días. Los paralelismos con el autoproclamado «califato islámico», que hoy hace estragos en Oriente Próximo, son desconcertantes.

Que al cabo de tantos años mis tres ensayos sobre las discordias conserven su actualidad constituye, huelga decirlo, una mala señal. Excepto por algunas notas a pie de página para dar la perspectiva actual, se publican intactos en el presente volumen. En todos estos años se han empleado muchos esfuerzos para minimizar o negar los conflictos tratados en estos textos, pero ha sido inútil. La situación se ha vuelto demasiado peligrosa como para dejarla en manos de políticos y demagogos.

Puede que pase mucho tiempo antes de que los seres humanos estén preparados para aceptar la paz.

H. M. E.,
enero de 2015

La gran migración

Treinta y tres acotaciones

Ya no sabemos a quién debemos apreciar y respetar y a quién no. En este sentido nos estamos comportando como bárbaros los unos con los otros. Sin embargo, ya seamos griegos o bárbaros, todos somos iguales, tal como se deduce de lo que, por naturaleza, es intrínseco al ser humano: todos respiramos por la boca y la nariz, y todos comemos con las manos.

ANTIFONTE,

Sobre la Verdad, siglo V a. C.

En la estatua de la Libertad encontramos la inscripción: «En este país republicano todos los hombres han nacido libres e iguales.» Pero debajo leemos en letra pequeña: «A excepción de la tribu de los hamo (los negros).» Lo cual echa por tierra el aserto precedente. ¡Ay de vosotros, republicanos!

HERMAN MELVILLE,

Mardi and a Voyage Thither, 1849

I

Un mapamundi. Enjambres de flechas azules y rojas que convergen en remolinos y vuelven a dispersarse en direcciones opuestas. Todo ello complementado con unas curvas que delimitan zonas de presiones atmosféricas diferenciadas por tonalidades distintas. Isobaras y vientos. Un mapa del tiempo de estas características resulta atractivo; pero resulta difícil interpretarlo correctamente si no se poseen los conocimientos adecuados. Nos hallamos ante una abstracción que trata de reflejar un proceso dinámico por medios estáticos. Sólo una película sería capaz de plasmar lo que está ocurriendo, ya que el estado normal de la atmósfera es la turbulencia. Lo mismo, por cierto, cabe decir acerca del poblamiento de nuestro planeta por parte del hombre.

II

Incluso al cabo de un siglo de investigaciones paleontológicas todavía no ha quedado fehacientemente demostrado el origen del *Homo sapiens*. A pesar de ello, parece haberse llegado al acuerdo de situar en el continente africano la primera aparición de la especie, que en una larga secuencia de complicados y arriesgados avances se habría ido extendiendo por todo el planeta. El sedentarismo no es una de las características genéticas de nuestra especie; se ha ido consolidando relativamente tarde, con toda probabilidad en estrecha relación con la invención de la agricultura.

Nuestra existencia primaria fue la de cazadores, recolectores y pastores.

Este pasado nómada acaso explique ciertos rasgos atávicos de nuestro comportamiento, que a primera vista pudieran parecer inexplicables, como son, por ejemplo, el turismo masificado o la pasión por el automóvil.

III

El mito de Caín y Abel refleja el conflicto entre tribus nómadas y sedentarias. «Fue Abel pastor, mas Caín se hizo agricultor.» El conflicto territorial culmina con un parricidio. Pero la gracia de la historia reside en que, después de haber dado muerte al nómada, el sedentario acaba a su vez desterrado: «Errante y vagabundo vivirás por la tierra.»

La historia de la humanidad puede leerse como el desarrollo de la parábola que antecede. Ciertamente es que en el transcurso de los milenios se han ido formando una y otra vez poblaciones sedentarias, pero, vistas en su conjunto y a lo largo de los tiempos, siguen suponiendo una excepción. La regla la constituyen las incursiones de rapiña y de conquista, las expulsiones y el exilio, el comercio de esclavos y las deportaciones, la colonización y el cautiverio. En cualquier época, y por las razones más diversas, una parte importante de la humanidad siempre ha estado en movimiento: de forma pacífica o forzada, en simple migración o huyendo; una circulación que necesariamente tenía que dar lugar a continuas turbulencias. Se trata de un proceso caótico, que desbarata cualquier intención planificadora, cualquier pronóstico a largo plazo.

IV

Dos pasajeros en un compartimento de tren. Nada sabemos de sus antecedentes, de su procedencia ni de su destino. Se han instalado cómodamente, han acaparado mesitas, colgadores y portaequipajes, han esparcido periódicos, abrigos y bolsos en los asientos vacíos. Poco después se abre la puerta y aparecen dos nuevos pasajeros. Los dos primeros no les dan la bienvenida. Muestran claramente su disgusto antes de decidirse a recoger sus cosas, a compartir el espacio del portaequipajes, y a recluirse en sus asientos. Aun sin conocerse en absoluto, los dos pasajeros iniciales demuestran una sorprendente solidaridad mutua. Actúan como grupo establecido frente a los recién llegados, que están invadiendo su territorio. A cualquier nuevo pasajero lo consideran un intruso. Su actitud es la de aborígenes que reivindican la totalidad del espacio disponible. Una concepción que escapa a toda explicación racional. Y que, sin embargo, está hondamente arraigada.

Con todo, la sangre casi nunca llega al río. Ello se debe a que los pasajeros están sometidos a un sistema regulador que no depende de ellos. Refrenan su instinto territorial por la interposición del código institucional de las compañías ferroviarias y de ciertas normas implícitas, como la de la cortesía. De modo que se limitan a intercambiar miradas y murmurar entre dientes alguna fórmula de disculpa. Los recién llegados acaban siendo tolerados. Uno se acostumbra a ellos. Claro que siguen estigmatizados, pero cada vez en menor grado.

Tan inocente ejemplo manifiesta sin embargo rasgos absurdos. Por un lado, el compartimento de tren no deja de ser un lugar de estancia transitoria, que tan sólo sirve para cambiar de ubicación. Está determinado por la fluctuación. Por el otro, el pasajero niega el hecho sedentario. Ha trocado un territorio real por otro virtual. Mas, a pesar de ello,